

nar al enemigo malo, que me ha dado la pena que á los que le siguen acostumbra á dar; y pues que el que tanto puede tienes en tu ayuda, á mí excusado será contradecir lo que demandares. Sígueme; que yo te mostraré lo que pides, y no sé si por ventura será lo que piensas.»

Entonces la dueña se entró por otra puerta en una oscura y pequeña casilla, y sacó del seno una llave y abrió otra puerta de hierro, y dijo al caballero: «Entra; aquí hallarás lo que demandas.» El caballero le dijo: «Si otro engaño aquí no se aventurase sino de armas, no verías en mí punto de cobardía; pero si con tu flaca mano, estando yo de dentro, la puerta cerrases, ¿quién me daría remedio para la salida? Conviene que por razón vaya, como los cuerdos hacer lo deben.» Y entonces tornó á la puerta por donde entraron, y cerróla con la traviesa, porque ninguno allí entrar pudiese, y dijo á la dueña: «Entrad vos delante, porque si mal hubiere, lo primero sea vuestro. — Bien veo, dijo la dueña, que mis artes no te pueden empecer; por eso haré lo que dices; pero ¿qué será que no hay luz con que ver puedas? — Dios la dará,» dijo él. Entonces quitó la cubierta de la vaina de su espada, que era un paño de lino que el su barquero le dió, y el resplandor fué tal, que vió una escalera que iba hácia bajo, que la Dueña fué muy maravillada en ver tan extraña cosa; de manera que la que hasta entonces poder tenía de á todos encantar, estaba como encantada, perdido todo saber.

Pues bajados por aquella escalera, halláronse en una bóveda de canto, y vieron á un cabo della al rey Lisuarte ser encima de un lecho, y tenía á la garganta una gruesa cadena, y á los piés unos muy pesados adobes (1). Cuando el caballero Negro así lo vió hubo muy grande piedad dél y las lágrimas le vinieron á los ojos, pero no quiso darse á conocer hasta tanto que viese lo que el Rey diría. Cuando el Rey así los vió delante, que hasta entonces nunca claridad ni persona había visto desde que allí le trujeron, fué maravillado porque así entraba el caballero armado, y de tales armas, y temióse de algun peligro y acordó de hablar á la dueña, y dijo-le: «Dueña, ¿conoceis me quién yo soy? — Sí, dijo ella, que en mal punto nacistes en este mundo para mí, que por vuestra causa he perdido cuanto bien en él tenía. — Mucho pesar he yo deso, dijo el Rey, porque siempre cuanto pude procuré en guardar y honrar todas las dueñas y doncellas, por las cuales mi persona fué en grandes peligros puesta, y si vos al contrario recibistes, no sería por mi voluntad. Y por esto vos ruego mucho, si vos pluguiere, que me digais en qué parte y en qué poder estoy así preso en tan esquivo lugar, porque yo ni lo sé ni lo puedo pensar cómo aquí vine; que bien tengo en la memoria cómo, por socorrer una doncella que un mal hombre forzar quería, fui entrado en una tienda donde llegué; pero cómo aquí vine, ni quién me trajo, no puedo entender, sino tanto que como recordé de un sueño me hallé en este lecho que aquí veis, y con estos grandes adobes de hierro, y esta cadena á la garganta, y en esta tan grande tenebregura; que aunque me han traído de comer, nunca vi quién

(1) Grillos.

lo trujese, antes á oscuras lo he tomado donde me lo ponían.»

La dueña le dijo: «Si tú, Rey, tan poco tiempo en esta tenebregura has estado, no creas que con ella quedo yo satisfecha, porque muy largos tiempos la he yo por tu causa sostenido, tan cruel y tan amarga, que si el corazon me sacasen, lo verían tornado de carbon; y cuando pensé la mia angustia haber fin con tu prision, y remediar la pérdida pasada, aquella contraria fortuna, que siempre me fué adversa, no se mudando de como solia, aunque por esta tu prision grande alivio me diese, la salida de mi esperanza ha sido mucho mas amarga y cruel que lo pasado; que, como yo pensase contigo darme remedio, no sé cómo ni dónde ha sobrevenido este caballero, que por fuerza de armas ha vencido y muerto todos los que en este castillo armas tomaban; y yo dél constreñida, me hizo que en tu presencia lo trujese, lo cual de mi voluntad muy alejado estaba; que como la grave ira de la mujer no tenga alivio ni remedio alguno hasta tanto que la venganza que desea cumpla, si esta tan gran fuerza no, otra cosa ninguna pudiera hacer que mi propósito mudado fuese; pero ya la fortuna no tendrá tanto poder, que dándome tantos dolores y angustias me pueda sostener la vida, que si con ellas la muerte no me sobreviene, yo misma por de ellas salir me la daré.» Y entonces se volvió al caballero Negro y dijo: «Tú, espíritu malino, que en forma de caballero vienes, que si fueses hombre humano no alcanzarías sobre el mi gran saber mas que lo que has mostrado, ves aquí el rey que demandas; ¿qué es lo que quieres que dél se haga?»

El caballero Negro le dijo: «Quiero que luego le quites esas prisiones y que quede en su libertad.» La dueña sacó las llaves que ella tenía, sin las fiar de persona alguna, y abriendo la cadena y los adobes, quedó el Rey suelto, y levándose en pié, fué contra el caballero y dijo-le: «¡Oh buen amigo! ¿quién sois, que tanto bien me hecistes y tanta honra y prez en ello ganastes?» El caballero respondió: «Cuando convenga, yo, Rey, vos diré lo que saber quereis; en tanto salid de esta prision, dando gracias al poderoso Señor, que nos, por bien y reparo de los suyos, suele dar semejantes azotes.» El Rey no le respondió nada, pues vió que se quería encubrir, y saliéronse todos tres de la prision á la gran sala, y nunca el caballero Negro se quiso quitar el yelmo, por no se dar á conocer, aunque el Rey mucho se lo rogó; y esto era ya á tal hora, que las dos partes del día eran ya pasadas; que el caballero Negro llegó allí bien de mañana, aunque en las batallas que hubo con el caballero que la puerta guardaba y con el otro que luego le sobrevino, y despues con el Gigante, se detuvo mucho. Y como quiera que las fuertes armas defendieron que herido no fuese, no pudieron resistir que las carnes no lacerasen mucho, las cuales él tenía quebradas y magulladas por muchos lugares, y aunque su espíritu gran fatiga dello recibiese, el corazon y esfuerzo, determinado á cumplir lo que dellos profetizado estaba por aquella gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora, no daba lugar que flaqueza ni quejarse dello mostrase; así como por la mayor parte á muchos suele acaecer, que el loor de sus hechos los pone en mucha mas oscuridad de lo que obligados son; de manera que reciben doblada vanagloria, y el grande esfuerzo se convierte en locura, que les hace perder la vida y gran parte de la honra, no quedando el ánima muy segura; así que, se puede bien decir que ordenando el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perficion.

día de lo que obligados son; de manera que reciben doblada vanagloria, y el grande esfuerzo se convierte en locura, que les hace perder la vida y gran parte de la honra, no quedando el ánima muy segura; así que, se puede bien decir que ordenando el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perficion.

CAPITULO VII.

Do cómo, siendo desatado el rey Lisuarte de la prision, luego aportó por la mar el gigante Matroco, que era el señor del castillo, con el cual convino al caballero Negro hacer armas, en que hubo la victoria.

Pues estando todos tres en la gran sala, preguntando el caballero Negro al Rey qué mandaba hacer sobre su deliberacion y qué quería de sí hacer, llegó á ellos una dueña y dijo que ya en el alcázar no había hombre ninguno, que todos huyeron cuando el Gigante murió, y dijo: «Señora, vuestro hijo Matroco es venido en sus fustas, y trae otros consigo, con gran presa de gente.» La dueña dijo: «No sé qué diga, si de su venida me place, porque ya no querría ver mas angustias; que la soberbia y braveza de mi corazon con ellas se quebrantada.» El caballero Negro cuando esto oyó dijo: «Dueña, guíadnos á una ventana que yo vi salir sobre la mar.» Entonces la dueña fué delante por el castillo, y el Rey y él tras ella, y llegaron á la ventana, donde muy gran parte de la tierra y de la mar parecia; y vieron cómo al pié de la torre estaban las fustas del Gigante y las otras que por fuerza traía, en las cuales conocieron al maestro Elisabat y á Libeo, su sobrino, que por grande aventura fueron del Gigante tomados y allí traídos, así como adelante oiréis, con hasta quince hombres suyos. A esta sazón el Gigante era ya fuera de la mar y hablaba con los hombres que del castillo huyeron, los cuales le contaban el gran daño que su tío y su hermano habían recibido, y cómo su alcázar era en poder de aquel que los había muerto.

Con estas nuevas el Gigante fué tan turbado, que mas ser no podia, y miró arriba á la ventana, y vió al rey Lisuarte y al caballero con las armas negras, y preguntó á sus hombres quién era aquel caballero. Estos le dijeron: «No es caballero, sino infernal diablo; que sus cosas no son de persona mortal; aquel es el que ha muerto á los tuyos y ganado tu alcázar, y segun nos parece, ha sacado de la prision al otro que consigo está, que tú muy guardado tenias, tanto, que hasta agora ninguno de nosotros vimos, ni sabemos quién es.» Entonces el Gigante dijo con una voz alta y medrosa: «¿Eres tú, caballero, el que mataste á mi tío y á mi hermano y la guarda desta montaña?» El caballero le dijo: «Mas ¿eres tú aquel que atrevido, con gran soberbia prendes los reyes y haces guerra con los emperadores, y traes por fuerza otras muchas gentes que nunca mal te hicieron? Estos que dices que yo maté, matólos su gran soberbia y crueles obras; que ya el Redentor del mundo, enojado dellos, no quiso sufrir sus maldades, y quiso que aquí algo dellas pagasen, no les quitando la infernal pena que allí donde van merecen.» El jayan, cuando esto le oyó decir, dijo: «¡Ay caballero, cómo la fortuna te ha querido en todo ayudar y favorecer, por te hallar yo encerrado en tan fuerte lugar,

donde no temes los duros golpes de mis brazos! Mas no será ella tan poderosa, que quitarme pueda de te tener cercado por la mar y por la tierra hasta que á merced te tome, y entonces haré de tí lo que mi voluntad fuere. No te mataré, que en ello poca pena te daría; mas sosteniendo la vida, recibirás muchas y muy crueles muertes. — Por muchas amenazas, dijo el caballero Negro, que me hagas, no placrá á aquel Señor en quien yo tengo esperanza, que á ira ni gran saña me muevas; porque si yo de vencer te tengo, ha de ser con bravo y fuerte corazon, teniendo la voluntad humilde y con lo justo conforme, así como él por nos salvar, padeciendo, nos lo dejó por ejemplo; y por esto, no conviene que mas me digas ni yo responda, sino tanto quiero de tí saber de qué serás mas contento: que yo salga ende donde estás, ó que tú sin otra compañía alguna vengas aquí, como yo lo estoy. — Pues que en mi determinacion lo dejas, dijo el jayan, allá entraré contigo; porque viendo eso que mio es, la vida perdiendo, con mas esfuerzo pugnaré de lo defender. — Así me place que sea,» dijo el caballero Negro.

Entonces el jayan mandó á los suyos, que serian hasta sesenta hombres, que de allí donde estaban no se partiesen, y él se fué á la escalera que ya oistes que en la peña labrada estaba, y por ella subió, armado de todas armas, salvo la lanza. Y llegó á la puerta de hierro, que sus hombres que huyeron abierto habían; y como entró en la cueva, halló á Argante; su caballero y guarda de la montaña, muerto, de que gran dolor hubo, así por la bondad de armas que en él había, como por ser criado de mucho tiempo de su padre; y pasó por él, y llegó á la otra puerta, donde halló al gran caballero de las Armas Verdes, asimesmo muerto, y como lo vió, estuvo una gran pieza espantado, y dijo: «¡Oh mi buen tío, qué dolor es á mí tu muerte, en cualquier parte que murieras, y mucho mayor en esta donde yo tengo el señorío! Mi fuerte ventura lo ha causado, que habiendo tú tratado tan largos tiempos las armas, pasando por las mayores afrentas que caballero pasar pudo, escapando de muchos peligros, en el cabo dellos y de tus largos dias te quiso poner, muerto, frio, tendido en la tierra, ante mis ojos! Pues ¿qué haré? ¿En quién tomaré la venganza? Pues que solo un caballero, y nomas, me queda de conquistar, el cual, habiendo en tan poco espacio de un dia tanto en armas hecho, no le quedarán sus fuerzas tan enteras, que venciéndolo, sea mas que vencer una mujer. ¡A los dioses pluguiése que, para que mi saña y fuerzas bien empleadas fuesen, que tuviese agora delante de mí aquel Amadis de Gaula, que tan loado es por el mundo, ó alguno de sus hermanos, aunque todos tres de consuno fuesen, porque la pérdida de tu desventurada muerte con la gran honra que venciéndolos ganase fuese reparada, y enmienda de tu sangre preciosa con derramamiento de la suya se satisficiese!»

Pues así estuvo aquel gigante, Matroco llamado, haciendo su duelo, el cual acabado, salió por la puerta, y vió estar á la otra del alcázar el caballero Negro, que le esperaba, y fuése luego á gran paso contra él, y como llegó, quiso con una apresurada arremetida entrar en el castillo, porque no pensaba ni creía que la fuerza de aquel lugar le diera osadía para cumplir su promesa.

ni para ello bastara; mas el caballero Negro, como así lo vió venir, púsole las manos en los pechos, y empujóle tan recio, que por poco diera con él en el suelo de espaldas, y díjole: «Bestia fiera desemejada, no puedes aquí entrar sin mi grado.» El jayan tornó como turbado, y dijo: «Tú lo quisiste.—Verdad es, dijo el caballero, mas no de manera que parezca que en ello fuerza reciba.» Entonces se apartó de la puerta, y díjole: «Agora vén, y haz lo que pudieres.» El Gigante entró en aquel corral de los pilares de piedra, donde su hermano Furion muerto estaba.

Cuando su madre así lo vió junto con el caballero, partióse del rey Lisuarte, con quien estaba á la puerta de la sala, y vino para ellos, y dijo: «Mi hijo Matroco, yo te ruego, por aquella obediencia que como á madre me debes, que esta batalla excuses, pues que ya no me queda de mi marido honrado, de los hijos que con él hube, sino á tí solo, á quien mis tristes ojos alzar pueda; que el grande amor de mí á tí ha dado causa que viva me hallases, porque yo soy la que con mucha razon morir debo, pues que quise renovar las desventuras que con largo tiempo olvidadas eran, y he sido causa desta tan gran destruicion como este caballero ha hecho en tu linaje y sangre, por seguir aquella saña que desde que á tu padre perdí he tenido, que nunca de mi corazon apartarla quise, hasta que en el fin ella ha sido mi total destruicion; yo he habido aquel galardón que alcanzar los que, dejando de doblar sus voluntades á la mejor parte, quieren con un mal remediar otro.» El Gigante le dijo: «Madre señora, si hasta aquí gran pérdida en los muertos recibistes, que como buenos caballeros á sus dias dieron fin, cumpliendo lo que debían, muy mayor se os seguirá de los vivos; si algo de lo que son obligados dejasen, ¿qué cuenta ó excusa yo podría dar, siendo tan valiente y esforzado en tal edad, si por temor de la muerte tal batalla como esta dejase? A vos, como mujer, conviene decir eso, y á mí, como caballero, hacer estotro. Por eso, Señora, quitáos fuera, y dejadme tomar esta pequeña venganza que en vencer se toma.»

El caballero Negro le dijo: «Matroco, como quiera que yo hubiera placer en que á esta dueña que te parió pagaras la deuda que le debes, ni por eso la batalla te quitara, sin que primero sacara de tí tales fianzas para en los tiempos de adelante, que segun tu condicion y la mala forma de tu vivienda, te fuera tampoco menos que la muerte. Así que, conviène que primero se muestre esta tan gran valentía de que tanto te alabas, que la cortesía que en mí podrás hallar.» Cuando vido la dueña que poco sus ruegos aprovechaban quitóse afuera, y entonces los caballeros se acometieron tan bravamente y con tan fuertes golpes, que el rey Lisuarte, que los miraba, como quiera que otras batallas muy bravas visto hubiese y pasado por su persona, no le semejó que tal como esta viera, y fué muy maravillado del caballero de las armas negras; y no pudo pensar quién sería que con tan gran afrenta y peligro de su persona habia en aquella parte venido; pues que fuese Amadís aquel que en todas sus fortunas y afrentas por reparo y remedio tuvo, no lo pensó, lo uno porque en el talle ni en la altura no le era conforme, y porque,

como él casado le dejase y con la cosa que él mas amaba, habiendo ganado tanta honra y pasado tanto trabajo, con mucha razon el descanso podia tomar, aflojando y dejando muchas cosas de las que antes que lo fuese procuraba; lo otro porque, aunque vió la batalla que Amadís hubo con Dardan el Soberbio en Vindilisora, que muy afrentado fué, y la que despues pasó con Ardan Canileo el Dudado, que fué una de las peligrosas que él nunca viera, las cuales se hicieron de uno por otro, ninguna dellas á esta se igualaba, ni la fuerza de Amadís con la deste caballero, y en lo que mas al otro este le pasaba, era en la ligereza suya y viveza de corazon, que habiéndose combatido aquel mismo dia con los dos caballeros que en la entrada de la montaña mató, y despues con el otro gigante que allí yacía muerto, no parecia que un punto de su grande fuerza le falleciese; pues pensar que fuese su nieto Esplandian, que, segun lo que Urganda dél escribió, á él mas que á ninguno otro era debida aquella gloria en armas, tampoco lo tuvo por cierto, porque cuando él preso fué no era aun caballero, y puesto que despues lo fuese, no tenia por conveniente que el comienzo de su caballería fuese tan alto y él tan diestro en aquel ejercicio, y si él fuera, la fusta de la Gran Serpiente, que Urganda le dejó, en que él navegase, diera dello testimonio. Así que, por ninguna guisa pudo conocer quién sería, sino que, por lo que dél vió, lo tuvo por el mejor caballero que armas trajo de los que él viera; y en lo que mas su pensamiento atento fué, que podría ser algun caballero del imperio de Grecia, que cerca de aquella montaña estaba, que agora nuevamente se habia mostrado, porque la largueza del tiempo muchas cosas descubre.

Pues tornando á los caballeros, digo que ellos anduvieron en su batalla, hiriéndose por todas las partes que podian una gran pieza; que como el Gigante muy valiente fuese y diestro en aquel oficio, á las veces hiriendo y otras sufriendo, manteníase en la batalla muy mejor que si con mas soberbia y menos discrecion lo hiciera, como á su hermano le acaeció. Pero tenia dos cosas que mucho le dañaron: la una, que por maravilla podia dar golpe al caballero Negro, que á derecho lo alcanzase, porque él sabia tan bien guardarse dellos, que todos los mas le hacia perder; la otra, que desto era muy contraria, que como él fuese muy grande de cuerpo en demasia, y la grandeza la ligereza le quitase, no se podia guardar de no recibir en sí todos los golpes que el caballero le daba con la espada que ya oistes; que ningunas armas, por recias que fuesen, se le podrian detener que no fuesen hechas pedazos. Así que, antes de dos horas que la batalla comenzaron, el Gigante fué tan maltratado y sus armas tan mal paradas, que muy poca defensa en ellas habia, que por mas de veinte lugares era su gruesa y fuerte loriga rompida, y la sangre le salia en tanta abundancia, que otro que tan valiente y tan esforzado no fuera, no se pudiera en los piés tener. Pues el escudo y el yelmo no eran mas sanos; que en lo uno ni en lo otro no habia para estorbar que la espada no cortase en descubierto cada vez que allí alcanzaba. Así que, la gran valentía ni bravo corazon del jayan no pudieron resistir que no se ti-

rase afuera algun poco, y dijo: «Caballero, aguardate; que un poco te quiero hablar.» El caballero estuvo quedo, por ver lo que diria, y porque á él tambien le convenia descansar, que mucho trabajo habia pasado.

El Gigante le dijo: «Tú, caballero, veniste á esta mi montaña, donde hasta hoy, en tanto que mi padre vivo fué, y despues de su muerte, quedando yo della señor, nunca caballero ni otra persona alguna aquí osó llegar, sino los que con nuestra voluntad ó fuerza vinieron, y no solamente has cometido tan gran osadía en ello cual nunca otro hizo, pero en tu venida y por tu mano son muertos tres caballeros, que los dos dellos eran los mejores del mundo; y como quiera que yo de muerte te desame, considerando que como bueno y esforzado lo heciste, no puedo negar ser obligado á perdonarte el mal y daño que me has hecho, y tenerte por uno de los mejores caballeros que yo jamás vi, aunque muchos he probado y vencido, y si caso es que tu demanda sea por sacar aquel rey de la prision, yo te la otorgo y te aseguro que lo lleves, y te quito la batalla, con tal que luego te vayas y me dejes mi castillo.»

Oido esto por el caballero Negro, respondióle en esta manera: «Gigante, en mucho tienes, y por grande osadía, haber yo venido á este tu señorío, y ser muertos por mi mano los que dices. Si tú hubieses conocimiento de aquel Señor cuyo yo soy, y como tuyo lo sirvieses, luego verias cómo lo que parece mucho, segun su gran poder, no es nada; y pues que dél viene y redundá, á mí ninguna cosa dello se debe atribuir. Pero aquellos señores á quien tú y ellos servís, os han dado el galardón que á los suyos dar suelen, que es en tanto que sois vivos haceros muy soberbios, y con la soberbia traeros á grandes crueldades y pecados que en vos son señoreados, los cuales, aunque algun tiempo resplandecen con honras y riquezas y otras cosas que poco valer os hacen, y en mucho por los malos son tenidas, no puede aquella labor armada sobre tan falso cimiento excusarse de caer cuando mas seguro el que en ella se fia está, porque así le aconteció á aquel malo soberbio Lucifer, capitan y señor destos á quien tú honras y acatas; que luciendo sobre los otros ángeles, así en hermosura como en dignidad, por ser su propósito fundado sobre gran soberbia, queriéndose con ella poner en lo que no le convenia, aquel Señor del mundo, que todo lo puede, derribóle de tan alto, así á él como á todos los que le seguian debajo del centro de la tierra, donde nunca piedad ni redencion esperan. Pero si caso es que de malo te quieras tornar bueno, y de cruel en humilde, y volverte á la buena y verdadera creencia que yo tengo, yo te quitaré la batalla, que quitarla puedo; que tú ya para ello ni aun para otra cosa no eres parte, que segun estás, por mas muerto que vivo te cuento; yo te dejaré libre este señorío, con tal que cuando yo aquí viniere junto contigo hagamos guerra y daño á aquellos que, dejando la verdad, defienden y creen en lo mentiroso.»

Oido esto por el jayan, que el caballero le dijo, fué movido á gran saña, tanto, que le hizo dar grandes gemidos de congoja, y por la visera del yelmo salir un humo muy espeso, y dijo con voz espantable: «¿Cómo, captivo caballero? ¿En tan poco mis grandes fuerzas tie-

nes, que ya como vencido, con tanto aviltamiento me traes?» Esto dicho, sacó muy presto del cuello las correas del escudo, que dél muy poco tenia, que todo el suelo de sus pedazos sembrado estaba, y dejólo caer, y tomó su gran cuchillo con ambas manos, y fué cuantomas pudo contra él y alzólo arriba, pensando darle por encima del yelmo y henderlo hasta la cinta; mas de otra guisa le acaeció, queriéndolo Dios guardar, que como el golpe de tan alto viniese y con tanto desconcierto, tomó fuerza el caballero Negro y se juntó tan presto con él, que el cuchillo y las manos con que le tenia pasó todo por encima de la cabeza en vacío; así que, dió con la cabeza en él suelo tan recio, que de fuerza le convino salir de las manos del jayan, é irrodando alguna pieza por las duras piedras. El caballero quedó metido entre sus brazos, tan junto con él, que no le pudo herir sino con la empuñadura, y fué el golpe con tan grande fuerza dado, que por poco le sacara el yelmo de la cabeza y diera con él en el suelo. Y el Gigante por socorrer al yelmo, hubo el caballero lugar de salir de entre sus brazos.

Cuando la dueña su madre así lo vió sin espada en peligro de muerte, fué cuantomas pudo para ellos, y metióse en medio, diciendo: «¡Oh caballero! si tú anduviste en tal vientre, que te obligue á haber piedad de las viudas y de los vencidos, demándote por aquel Señor en quien tú crees, que hayas mancilla de mí, y dejándome este solo hijo, te contentes con los otros caballeros que de mi linaje hoy has muerto.» El caballero le dijo: «Dueña, otórguese por mí preso, y haga lo que yo le mandare, y quitarle he la batalla; de otra manera, excusado es vuestro ruego y vuestras lágrimas.» Entonces el Gigante le dijo: «Caballero, agora conozco ser verdad lo que me dijiste, que no de tí te viene el esfuerzo, mas de aquel en quien es la verdad y el poder; que si así no fuese, no bastaran tus pequeñas fuerzas para así forzar las grandes mias y de aquellos que hoy has vencido, porque ellos y yo bastábamos para conquistar ciento tales como tú. Y pues que así es, de aquel que la injuria y el daño recibí, por ser su enemigo, de aquel mismo, siendo su siervo, quiero haber la emienda y la merced, y desde ahora te digo que, con la batalla ó sin ella, con la vida ó la muerte, quiero creer en el que tú crees y fenecer en tu ley.—¿Prométeslo así, dijo el caballero Negro, sin que en ello haya otro engaño?—Así lo prometo, dijo el jayan, como lo digo;» y luego hincó las rodillas en tierra y dijo: «Jesucristo, Hijo de Dios, yo creo que tú eres la verdad, y los dioses que hasta aquí yo he honrado son falsos y mentirosos; y á ellos dejando, á tí me vuelvo y demando merced.» Entonces hizo una cruz en las piedras con su diestra mano, y besándola, se levantó en pié.

Cuando esto el caballero Negro vido, tomó su espada por la punta y llegóse al Gigante, y dijo: «Pues que tal conocimiento has habido, toma esta mi espada, en señal de la honra desta batalla, que si muchas en este mundo hubiste en que gran gloria recibieses, ninguna dellas á esta igualarse puede; porque en ellas venciste las ajenas fuerzas, y en esta las tuyas, que tan fuertes y contrarias de lo sano y bueno, en lo malo estaban.» El Gigante le dijo: «Cuando las obras hicieren verdaderas mis palabras, entonces habré por buena la honra

que me das; en tanto yo me pongo en tu poder, y este mi señorío te dejo; haz lo que tú voluntad sea.» El caballero le dijo: «Mi voluntad es de te amar y tener por amigo, quedando en tu libertad, con todo lo que posees. Agora te ruego que hagas aquí venir aquellos que en las barcas presos trajiste.» El Gigante dijo á su madre que los hiciese llamar, y que ninguno de los suyos se partiese donde estaban hasta que aquel caballero lo mandase. Y la dueña lo hizo así, que desde la ventana que ya oistes los llamó, diciéndoles que subiesen todos por aquella escalera y se viniesen al alcázar. El maestro Elisabat hubo gran recelo; que no sabia por qué causa los hacían subir, pero como preso, que mas no podía, salió en tierra, y su sobrino Libeo con él, y toda la otra compañía, que hasta entonces de la mar no habían salido. Esto seria á tal hora que ya seria el sol puesto, y todos subieron por la escalera, y pasando por la cueva, hallaron los dos caballeros muertos, de que muy espantados fueron. E yendo hácia el alcázar, vieron al caballero Negro á la puerta, que los aguardaba; el cual salió á ellos, y tomando por la mano al maestro Elisabat, le dijo, que ninguno de los otros lo oyó: «Buen amigo, si me conoceis, ruégovos mucho que lo tengais secreto, y así lo decid á vuestra compañía; que por agora no quiero que ninguno de mí sepa, salvo vos, que me hallaréis mañana en una ermita que cerca de aquí está, que su camino es el cabo de la puente que allí vistes, por la ribera de la mar, hasta dar en una senda de muy espesas matas, por donde se aparta, y siguiéndola, vos llevará donde me hallaréis, y allí os veré y hablaré de mas espacio.» El Maestro lo conoció luego y dijo: «Mi señor, bien vos conozco en las armas, que con ellas vos vi armar caballero, y mucho agradezco á Dios que á tal sazón vos hallé; que bien puedo decir que si á vuestro padre algunos servicios hice, con muy mayor galardón de vos son pagados.» El caballero le dijo: «Maestro, entrad en este castillo, y hallaréis al rey Lisuarte; decidle cómo soy un caballero extraño que servirle deseo, y que por agora no es menester de le decir mi nombre; y curad de un gigante que allá hallaréis herido; que pienso, según lo que dél vi, que apenas podrá escapar.»

Pues estando hablando como oistes, salió una dueña del castillo y dijo: «Buen caballero, si quereis ver al jayán vivo, acorredle presto, que, con la mucha sangre que salido le ha, cayó en el suelo como muerto.» Cuando el caballero esto oyó, dijo: «Maestro, á vos mas que á mí aquel socorro conviene.» Entonces lo dejó, y fuése derecho á la cueva, y pasando por ella, abajóse por la escalera, y pasó la puente á tal hora que era el sol puesto, y fué camino de la ermita con muy grande afán de su persona. Que cierto, podeis creer que, aunque las armas con su gran fortaleza lo cubrían, en todo su cuerpo no habia cosa sana, antes de los grandes golpes lo tenia tan molido y quebrantado, que no lo sentia de otra manera sino como si muerto lo tuviera. Pues así se fué por la senda, llevando el yelmo en la mano, por no perder el camino, y á poco rato llegó á la ermita, y halló en ella su marinero mudo, con que hubo mucho placer, y al buen hombre ermitaño, que no se lo dió menos. Y díjoles que lo desarmasen y le diesen algo

de comer; que desde de allí saliera ni un bocado habia comido.

Esto fué luego hecho de lo que el marinero trajo y de lo que el ermitaño tenia, el cual le dijo: «Buen caballero, ¿cómo escapastes de tan peligrosa aventura? ¿Vistes los jayanes?—Buen amigo, dijo él, vilos y mucho mal me hicieron.—Pues ¿cómo vos dejaron vivo? dijo el buen hombre.—Como plugo á Dios, dijo él, que me guardó, y mañana sabréis lo que ha pasado; que agora mas estoy en disposición de curar de mí que de otras nuevas ningunas, y ruégovos que me deis una cama en que me acueste; que vengo muy fatigado.» El buen hombre le dijo: «Caballero, yo vos la daré; que la doncella mi hija, que ya vos dije, la tiene aquí, en que algunas veces duerme.» Entonces lo metió en una cámara pequeña donde la cama estaba, que asaz era buena, y allí se acostó, con mucho placer en haber hallado descanso. Y el mudo le tocó el cuerpo, y viole lleno de muchos y grandes cardenales de carne quebrada, de que mucho dolor y tristeza mostró. Y luego sacó de aquellas medicinas que le traia, que por aquella grande maestra le fueron para el socorro de semejantes necesidades, y untándole todos aquellos golpes, le envolvió en un paño de lino que el hombre bueno le dió; así que, con aquello y con la fuerza de las venturas, y con el gran cansancio que él traia, durmió todo lo mas de la noche muy sosegadamente.

Mas agora dejaremos al caballero Negro en la ermita hasta que la historia dél tornemos á contar, y diráse del rey Lisuarte lo que hizo despues que supo por el maestro Elisabat cómo el caballero Negro se fué sin le querer hablar ni hacersele conocer.

CAPITULO VIII.

De cómo el maestro Elisabat entró dentro en el castillo para curar del gigante Matroco, y de la gran angustia y pesar que el rey Lisuarte tenia por la ausencia del caballero Negro.

La historia cuenta que el maestro Elisabat, despues que el caballero dél se partió á la puerta del grande alcázar de la Montaña, como ya se ha dicho, tomando consigo su compañía, se metió en el castillo, y halló que el rey Lisuarte sostenia la cabeza del jayán con sus manos, y la madre lloraba muy agramente, y todas las otras dueñas y doncellas, y como llegó, hincó las rodillas delante del Rey y besóle las manos. El Rey lo recibió con mucho placer, que le tenia por buen hombre, y lo sanó de sus llagas en el monasterio de Luvaina, como ya se os ha contado, y díjole: «Amigo, á tal tiempo llegasteis que sois menester para curar deste caballero, que pues él salvó su ánima, razon es que el cuerpo por vos se remedie.—Todo lo que yo pudiere haré, dijo él, por vuestro mandado y por el de aquel caballero, que me lo rogó mucho.» Entonces miró las heridas del Gigante, y mucha sangre que se le habia ido, y aunque por el presente algun remedio le pudo poner, bien pensó que su vida estaba en gran peligro; pues quitándole los pedazos de las armas que de la batalla le quedaron, y tomándole la sangre, mandó que lo pusiesen en un lecho, y así se hizo, y no quiso hacerle otra cura hasta ver si tornaria en su acuerdo. Esto hecho, el Rey le demandó por el caballero

Negro qué se hiciera; el Maestro le dijo: «Mi señor, fué, que por ninguna guisa le plugo quedar.—Santa María, dijo el Rey, y ¿no veré yo tal hombre como aquel, que tanto bien me hizo? Y si no fuera por socorrer al Gigante que no muriese, no se me fuera él así, y tambien porque, según el gran peligro que en las batallas hubo, hubiera él, menester socorro.—¿Supistes quién era? Decídmelo, Maestro, por la fe que á Dios debéis; que no lo deseo tanto saber por el gran beneficio que me hizo, como por ser el mejor caballero en armas que yo jamás viese, aunque muchos he visto, que hoy son la flor de la caballería del mundo, pero ninguno á este igualar se puede.» El Maestro le dijo: «Mi buen señor, si la hacienda de aquel caballero vos dijese erraria y hariale deslealtad, y si lo que me pedis negase iria contra la jura que me poneis; así que, conviene por ahora de os sufrir, que podrá ser que dél sepais mas presto de lo que pensais.» Entonces dijo lo que el caballero le mandó; lo cual le puso en mayor deseo de lo conocer, y en menos esperanza dello, así como en las cosas muy deseadas se suele tener. El Rey le dijo: «Maestro amigo, bien será que vuestra compañía nos dé de comer de lo que aquí hallaren; que desde ayer hasta agora nunca un solo bocado en mi boca entró.» El Maestro, que no menos que él menester lo habia, mandó á sus hombres que luego le aparejasen, y así se hizo con muchas aves y otras provisiones que en el castillo habia.

CAPITULO IX.

En que la reina Arcabona recuenta al rey Lisuarte las grandes desdichas y estrago en que la cruel fortuna su estado y linaje habia puesto, y tambien confiesa ser ella la que por encantamiento lo habia captivado.

Acabada la cena, vino la dueña madre del Gigante donde el Rey estaba; y él como la vió, levantóse á ella y hizola asentar cabe sí, y preguntóle cómo quedaba su hijo. Ella respondió: «La esperanza que del otro que allí muerto yace tengo, esa tengo deste; porque esta tan grande desventura, venida sobre tantas, no se puede ya resistir que no dé fin á todas mis cosas, y á mí con ellas, sobre las haber pasado con gran amargura de mi corazón; que de otra guisa no fuera ella satisfecha. Pero á lo que yo, Rey, vengo á tí, no es á te demandar perdón del mal y daño que te hice, porque muy mas contenta seria que en mí ejecutases la pena que merezco, la cual será darme la muerte, por donde á mis grandes angustias y dolores se dará fin. Y pues que nunca hasta agora á dueña ni á doncella en cosa que demandasen les fallecistes, no me fallezcas á mí, habiéndolo tanto menester; si no, todos los males que de aquí adelante hiciere, á tí serán imputados.—Dueña, dijo el Rey, yo no sé qué yerro ni daño haya de vos recibido, y puesto que lo supiese, bastarme debe la mengua que vuestra honestidad en ello recibe, pues que siendo obligada á virtud, se puso en aquello que de su valor la menoscaba; y ruégovos que me lo digais, que pues yo tanto he errado y ofendido á aquel Señor que tanto bien me hizo, no terné por extraño que me yerren los que nunca de mí lo recibieron; y en cualquiera manera que pasado haya, habré por bien de lo

LC.

saber, y mucho mas si es en esta prisión que se me hizo; porque aunque yo haya pasado muchos y grandes peligros en este mundo, ninguno dellos como este de mi sentido me sacó.»

Entonces la dueña le dijo: «Rey, yo te lo contaré, que nada no falte, por temor ni miedo que dello espere; que aquellos que vida ni bienes no codician poco pueden temer. Tú, Rey, sabrás cómo mi nacimiento y crianza fué en aquella grande insula donde tú rey eres, y de un vientre salimos yo y aquel sin ventura de mi hermano, Arcalaus el Encantador, y como en un gran tiempo fuimos criados, y él aprendiese con gran cuidado y sutileza muchas artes, así para empecer y hacer mal á muchos, como para dellos se defender; asimesmo yo tomé dellas en memoria tanta parte, que por muchos tiempos, en que diversas cosas he pasado, nunca olvidarlas pude, antes las retuve de tal manera, que así á él como á todos los otros sabidores en las semejantes artes pensaba ligeramente vencer. Pues siendo yo doncella, acaeció que entre las muchas tierras y provincias que mi hermano Arcalaus, siguiendo las aventuras con las armas, anduvo, la aventura lo trajo á esta montaña, que se llama Defendida, donde á la sazón era señor della un gigante mancebo, llamado Cartadaque (1), con el cual el dicho mi hermano gran amistad tuvo, de que se siguió que á mí por su mujer tomase, y fui aquí traída, donde estando de consuno, hubimos tres hijos: el primero fué aquel hermoso y esforzado mancebo, llamado Lindoraque, en el cual toda mi bienaventuranza se contenia; y el segundo este Matroco, que aquí herido está; el tercero Furion, que allí fuera muerto yace. Pues estando yo con tan buena ventura de tal marido y hijos en este señorío, que así con su fuerza dél como con las dellos gran parte destas comarcas sojuzgadas eran y de las mas arreadas muy temidos, la fortuna, que á ninguno perdona, queriendo usar de su antiguo y acostumbrado estilo, con una nube muy oscura turbó aquella grande alegría en que yo estaba; que sabidas las nuevas por mi marido cómo tú, Rey, tenias aplazada una batalla con el rey Cildadan de Irlanda, en la cual, aunque el número de la gente pequeño fuese, la virtud y gran fortaleza que en el mundo habia allí se juntaba, así como otros muchos y fuertes jayanes al rey Cildadan acudieron, así por ser en aquella tan famosa batalla mi marido Cartadaque lo hizo, que partiendo desta montaña y llevando consigo á Lindoraque, nuestro hijo, sin ningun entrevale arribó en la Gran Bretaña, en aquellos castillos donde yo nací y fué señor Arcalaus, mi hermano. Pues allí llegados, y estando la dicha batalla aplazada, tomando Arcalaus á Lindoraque, mi hijo consigo salió por los términos de aquel tu gran señorío, con voluntad de te empecer y dañar en alguna cosa que mucho dolor te pusiese, y dicen que llegando á una gran floresta, que bien cerca de Lóndres está, la desventura suya, que así lo quiso, hizo que toparon con un caballero que Beltenebros se llamaba, el cual á la sazón dicen que llevaba una doncella con una muy extraña capilla de flores puesta en su cabeza, y como al mal logrado de mi hijo Lindoraque muy hermosa le

(1) Es el mismo que en el *Amadis*, páginas 133 y 148, es llamado Cartada, el cual fué sobrino de Famongomadán.

pareciese, y la desease para la hermosa Madasiña, hija del famoso Madan (1), por quien él por su amor muchas cosas famosas en armas había hecho, envióle un escudero que se la demandase; mas aquel Beltenebros, que por ventura tanto cuanto él á su amiga amaba, amaba á aquella que las flores tenía, quiso antes mostrar sus fuerzas que hacer lo que con alguna amenaza le demandara. Y venido á la batalla, al primer encuentro murió Lindoraque, y su tío Arcalaus, pensándole vengar, fué vencido y cortada la mitad de la mano diestra, y la gran ligereza de su caballo resistió de no perder la vida; pues mi fuerte ventura aun desto no contenta, por mostrar que otros jarabes mas amargos guardados me tenía, aquel tan esforzado y temido jayan Cartadaque, mi marido, que á muchos por su gran esfuerzo de corazon y gran valentía de su persona había vencido y sojuzgado de solo un caballero hermano deste mesmo Beltenebros, vencido y muerto fué en aquella peligrosa batalla que ya dije. Así que yo, quedando viuda de tal marido y tal hijo, con estos dos que me quedaron, que á la sazón mozelos de poca edad eran, pasé muy amarga y triste vida hasta que la edad y gran fortaleza suya en gran parte me la hicieron arredrar y olvidar, no digo en tanto que aquella gran lástima y enemiga fortuna en la memoria no me quedase, para que viniendo tiempo, dejase de tomar aquella enmienda que satisfacer me pudiese. Pues agora, Rey, viniendo al cabo, siendo ya casi consolada, sobrevinome la nueva de la prision que á mi hermano Arcalaus le fué hecha en aquellas grandes batallas que contigo pasaron en esos tus reinos, por mano de aquel mismo que Beltenebros se llamó, y agora Amadis de Gaula se nombra. Las cuales nuevas hicieron que las llagas que sobrenadas habían sido fuesen del todo refrescadas y abiertas; de manera que las viejas angustias con los nuevos dolores tuvieron tal fuerza, que olvidando el reposo que mi edad demanda, me dispuse, partiendo de aquí, á ir allá, donde todo esto que he dicho acaecido había, y cuando con mucho afán á la tierra de Arcalaus llegué, hallé que entonces era suelto, y por mano de aquel su tan gran enemigo y mío. Y aunque mi espíritu algo descansase y holgado en su deliberacion hubiese, la antigua enemistad y grandes pérdidas mías no consintieron mi tornada á esta tierra sin probar algo en que dañarte pudiese. Y porque mis artes no bastaron contra el enemigo principal, por una sortija que en su dedo trae, que por Urganda la Desconocida dada le fué, sabiendo el mal recaudo que en tu persona ponias, apartándote de la conversacion de la gente por las florestas, tenté de te hacer aquel engaño en que caiste cuando pensabas sócorrer la doncella que las grandes voces daba entre las espesas matas de la floresta que cabe la tu villa de Fenusa está; fingiendo de la querer forzar el hombre que por sus cabellos la tenía. Y si bien te acuerdas, yo soy aquella dueña que en el tendejón hallaste, y que al hombre tras quien ibas mamparé, y te hice entrar en la tienda, donde como muerto sin ningun sentido caiste; y de allí, metido en una fusta, echado en aquel lecho, donde á la escara cárcel en que estabas te

(1) Debió decir Madanfabul. Véase la página 150.

traje, sin que persona alguna dello noticia tuviese; y pensando que á mis congojas con esto dado había fin, y que contigo podrian ser olvidadas las pasadas muertes, sacando tal parte de tus grandes señoríos, con que mis hijos y parientes en muy mayor estado pasasen, creo que por tu causa son las presentes sobrevenidas, en tal manera, que nunca aconteció ni acaecer puede que una tan gran fuerza como esta, que tantos tiempos á los reyes de Persia y á los emperadores de Constantinopla defendida hasta agora fué por armas, y que todos los sabidores del mundo que encantamientos saben no la pudieran ganar, que por un solo caballero fuese en un día conquistada con tan crueles muertes de tan fuertes caballeros como en ella se hallaron. Y tú, Rey, sacado de la parte donde todos ellos son, puesto que de tu parte fueran, apenas lo pudieras hacer. Así que, puedo yo muy bien decir que en la mayor desventura que nunca hubiste estaba encerrada y oculta la mayor ventura buena que venir te pudiera, y á mí, que habiendo alcanzado lo que mas en este mundo deseaba, me sobrevino aquello que mas aborrecido y fuera de mi voluntad tenía.

Cuando el rey Lisuarte esto hubo oído á la dueña, luego la conoció que era la que en el tendejón había hallado, y díjole: «Dueña, cierto creo que me habeis dicho la verdad, que vos sois aquella que me engañastes, lo cual no tenía en la memoria, hasta que ahora me lo habeis recordado. Mas decidme, ¿qué culpa os tenía yo en el mal que otros os hicieron?—No otra, dijo ella, salvo tomar la venganza en la mayor parte, donde mas honra y provecho se esperaba, pues que por causa tuya aquello todo había redundado; que de los otros, no teniendo ni poseyendo mas de las vidas, aunque por mí quitadas les fueran, no podia quedar satisfecha, pues con ellas poco remedio se daba á lo pasado.—Eso pudiera ser, dijo el Rey, en aquella sazón que aconteció lo que dices con verdad; pero ya al tiempo que tú lo hiciste, aquel gran poder y señorío mío en otra era tras pasado, donde con mayor honra y venganza tus ardientes iras se pudieran amansar; ahora véte á dormir, que yo estoy determinado de con el bien vencer el mal si pudiere, y así lo haré en lo tuyo, si quisieres haber conocimiento de aquel que puede dar el galardón entero.» La dueña fuese á la cámara del gigante Matroco, su hijo. Y el Rey, mandando poner gran recaudo en las puertas del alcázar, durmió y descansó aquella noche; que nunca tal en su vida esperaba, segun la fortuna lo había traído en tal tribulacion.

CAPITULO X.

De cómo el gigante Matroco feneció sus días, por cuya muerte conrabia la reina Arcabona acometió matar al rey Lisuarte, y luego con desesperacion se fué á lanzar por una ventana en la mar.

Agora cuenta la historia que el rey Lisuarte quedó en la torre mas fuerte del alcázar, en la cámara que tenía la ventana que ya oistes que salia á la mar, y allí en un lecho que le hicieron, y otro para el maestro Elisabat y su sobrino Libeo, mandando á los otros sus hombres que el castillo guardasen y velasen, durmió aquella noche con mas reposo que las pasadas, viéndose fuera del peligro en que había estado en quel casti-

llo que á su mandar era. Y pasada la noche sin entrevaleo alguno, solamente á las voces de los veladores, que su sueño mas dulce y mas reposado hacia, al alba del día despertando, oyó por el castillo muy grandes gritos y alaridos, de lo cual fué maravillado. Y levantándose presto, tomó una hacha de acero que la noche antes allí hiciera poner, y despertó al maestro Elisabat y á su sobrino, que fieramente dormian. Y abrió la ventana porque la claridad del día entrase, y mejor pudiese ver qué seria aquello. Y hizo abrir la puerta de la cámara, y salió por ella con aquel esfuerzo que siempre en todas sus afrentas tuvo. Y yendo así desnudo por una sala, vió venir contra sí la dueña, señora del castillo, llorando y dando grandes gemidos, solamente vestida una piel sobre la camisa, y el Rey le dijo: «Dueña, ¿qué es esto?» Ella dijo: «Es lo que siempre he esperado que me había de venir.» Y como le vió descuidado, puesto el cabo de la hacha en el suelo, sacó una espada que debajo de la piel traía, y fué por dar con ella al Rey tan presto, que no pudo hacer otra cosa sino hurtar el cuerpo á la una parte; así que, el golpe fué en vacío. De manera que la mano no tuvo tanta fuerza, que no le saliese la espada della, y cayó á los piés del Rey, y por presto que él quiso abrazarse con ella, por no la herir con la hacha, muy mas presto se metió por la puerta de la cámara, y echóse por la ventana en la mar, y en poco rato fué ahogada.

En esto acudió la gente que velaban con algunas armas que traían, y llegaron donde el Rey estaba, y el Maestro y su sobrino, que otra cosa no tenían sino los vestidos en los brazos, aguardando al Rey. Y luego entraron en la cámara, donde se daban las voces, y hallaron que eran todas las mujeres del castillo, que lloraban por el Gigante, que habían hallado en su lecho muerto, sin que le sintiese morir persona. Lo cual hicieron saber al Rey, y como lo oyó, tornóse á su lecho, y luego se vistió, riyéndose con aquella campaña de la batalla que había pasado con la dueña, y diciéndoles cómo todos los hombres debían siempre tener algunas armas donde durmiesen, proveyendo á los peligros que muchas veces ocurren cuando están sin mas cuidado dellos. Así estuvo un rato burlando y riyendo con ellos, como aquel que, mas de ser muy esforzado y discreto, mas que otro rey de su tiempo, fué el mas gracioso y mas agradable en todas sus cosas á los suyos que nunca príncipe se vió. Pues estando así, preguntó por la espada que la dueña traía. Libeo le dijo: «Señor, veísla aquí, que yo la tomé.» El Rey la miró, y conocióla, que era la suya que ceñida tenía á la sazón que fué encantado, así como ya se os dijo ante desto; y tomándola en la mano, dijo estas palabras: «Oh mi buena y preciada espada, cuánta honra y cuánta gloria en este mundo, siendo prosperado, me ayudaste á ganar, y cuando la fortuna volvió su rueda contra mí, no solamente en mis enemigos lo siento, mas aun en tí, que siempre por amiga y compañera te tuve, poniéndote en todas mis afrentas en aquellos lugares donde mas honra y precio ganases.»

Así estaba razonando aquel gran rey con su buena espada, que por muchos y largos tiempos grandes príncipes y provincias había sojuzgado, y vencido muchas

batallas; consolándose por se haber así defendido de una flaca mujer, recordó en su memoria los prósperos y adversos tiempos, y cómo en la dulzura del corazon de las mundanales cosas son engeridas las amargas congojas y grandes tribulaciones, y cómo ninguno no se debe fiar en su grandeza, antes siempre vivir en temor del Señor muy alto que se la dió, y con mucha humildad rogarle que le dé juicio como á su servicio lo sostenga, creyendo que cuando él la mano aflojare, ninguna cosa, por grande ni fuerte que sea, se le podrá sostener que no caya.

CAPITULO XI.

De cómo mandó el rey Lisuarte guardar el castillo, y sepultar los muertos, cada uno segun su merecimiento.

Pues estando así el Rey, como oído habeis, mandó guardar la espada, que era la mejor que en aquel tiempo en el mundo se podría hallar, y que le buscasen la vaina della, y dijo al Maestro: «Buen amigo, pues que este castillo es despachado, como veis, razon será que en él se ponga recaudo, y sea para aquel caballero que por su gran bondad lo ganó, y en tanto haced enterrar esos caballeros muertos; que á mí me será forzado estar aquí algunos días, porque aunqueirme quisiese, no tengo guia para ello, y si alguna de los desta tierra se pudiese hallar, no es razon que della me fiase.» El Maestro hizo lo que el Rey mandó, que tomó consigo sus hombres, y se fué á la entrada de la montaña, y hizo-los sacar fuera y desarmar para que los enterrasen. Y como fueron desarmados, conoció luego al de las armas verdes, que era Arcalaus el Encantador; que parece ser que, como Arcabona, su hermana, vino á sus castillos cuando la nueva le llegó que era preso, le halló suelto, como se os ha dicho; y partiendo ella de allí, llevó al rey Lisuarte preso.

Arcalaus desto no supo cosa ninguna; pero como oyó la nueva de ser el dicho Rey partido, que ni muerto ni vivo se hallaba, luego sospechó que, segun las artes de su hermana y la grande enemistad que con él tenía, que ella por alguna guisa de engaño lo había enojado, y sin mas tardar mandó hacer aquellas armas, y se metió por la mar en una fusta, por saber la verdad della, y llegó á la montaña Defendida cinco días antes que el caballero Negro, y supo de su hermana Arcabona, en gran secreto, cómo tenía al Rey Lisuarte, de que Arcalaus fué muy alegre á maravilla en se ver fuera de la prision de su gran enemigo Amadis, y tener preso al otro su mayor enemigo, aquel rey. Pero como en este mundo ninguno sepa en qué está su fortuna mala ni buena, allí donde, á su parecer, pensaba estar mas libre y bienaventurado con aquella nueva, allí hubo de perder la vida, que con tantos trabajos hasta entonces había defendido. Pues conociéndolo el Maestro, se maravilló, y apenas lo podía creer que él fuese, segun el poco tiempo que era pasado de cuando de la jaula de hierro saliera, y la distancia del camino desde su tierra hasta aquella. Y fuélo á decir al Rey, cómo el uno de los dos caballeros que en la cueva estaban muertos era Arcalaus el Encantador. El Rey le dijo: «¿Cómo puede ser eso? que Amadis lo tenía en la insula Firme con voluntad de nunca lo sacar de la jaula de hierro.»

El Maestro le contó el engaño por que fué suelto. El Rey le dijo: «Veis aquí, Maestro, cómo, si Dios no, otro ninguno puede saber cuál es lo mejor de las mundanales cosas. Hacelde enterrar en la tierra fría; que su ánima por razon, segun sus obras, en lo mas caliente estará; y al gigante Matroco, pues que murió cristiano, ponelde de manera que se pueda llevar á lugar sagrado.»

Esto se cumplió despues que á tiempo fué; que el caballero Negro, siendo señor de gran parte de aquella tierra de Persia, mandó hacer un monasterio en aquella ermita donde él estuvo, y hizo poner al Gigante en él en una muy rica sepultura, con la historia de su batalla, y cómo se convirtió, así como el libro adelante lo contará.

CAPITULO XII.

De cómo el maestro Elisabat fué á visitar el caballero Negro en la ermita donde estaba, al cual, haciéndole saber la embajada que por Grasinda al Marqués llevara en Constantinopla, le cuenta las cosas que dél y de otros con el Emperador, con la princesa Leonorina y la reina Menoresa habia platicado.

Despues que los gigantes y caballeros fueron enterados, como habedes oido, preguntó el rey Lisuarte qué se hicieron los hombres del gigante Matroco, que en la mar en las fustas estaban. Y dijéronle cómo cuando Arcabona se echó de la finiestra la habian tomado y se habian ido todos con ella. Entonces el Rey demandó que le diesen de comer, y así se hizo, aunque no tan bien guisado como menester era, por la revuelta que habian traído; y desde comió, acostóse en su lecho por dormir, que bien le hacia menester, y mandó que no lo despertasen, que se sentia cansado. Como el maestro Elisabat así lo vió, pensó que seria tiempo de ir á ver el caballero Negro, como se lo habia rogado. Y dejando á Libeo, su sobrino, con la otra compañía, que guardasen el castillo y al Rey, salió lo mas encubierto que pudo, y abajóse por la escalera de la peña. Y en pasando la puente, vió luego la senda que guiaba por el llano, y fué por ella al mayor paso que pudo, hasta que tornó á la orilla de la mar, y por allí se fué, y llegó donde la senda se apartaba por entre las matas; las cuales halló tan espesas, que dudo si podria salir dellas á parte que no fuese perdido, y muchas veces, con este temor, estuvo para se volver, mas la gran codicia de ver aquel que tanto deseaba le hizo poner en no dudar cualquier aventura que le pudiese venir. Pero no anduvo mucho que vió la ermita, que por las señas que el caballero Negro le dió, conoció ser aquella, y llegó á ella bien cansado, como aquel que la edad y el no haber acostumbrado de andar á pié le dieron causa de mayor pena. Y halló al hombre bueno y al mudo á la puerta, y saludólos, y ellos á él, y preguntóles dónde estaba el caballero. El hombre bueno lo quisiera encubrir, que no sabia si le haria enojo; mas el mudo, que conoció al Maestro, hízole señas contra la pequeña cámara.

Quando el Maestro esto vió, fuése á ella, en la cual entrando, halló al caballero echado en su lecho, y como vió al Maestro, levantóse sobre los brazos con grandísimo trabajo para le hablar. Mas él hincó los hinojos ante la cama, y quisole besar las manos, y el caballe-

ro le abrazó, con mucho placer que hubo con su venida, y así lo detuvo un rato, y hízole asentar cabe sí, y díjole: «Mi buen amigo, ¿qué ventura os trajo á esta tierra tan desviada en la insula Firme, adonde quedastes con mi padre? Que de mí no os debeis maravillar; que segun lo que se ha dicho, yo no nasci para ningun reposo.» El Maestro le dijo: «Mi señor, despues que fuistes caballero, y la gran fusta de la Serpiente os llevó por la mar, cuando con aquel dulce son nos hicieron caer las trompetas adormidos, luego al tercero dia se partieron de la insula Firme el rey don Bruneo y don Cuadragante, y todos los otros caballeros, salvo los que con Amadis quedaron. Y Grasinda, mi señora, memandó que me fuese á su tierra, y cuando hubiese en su hacienda puesto cobro á algunas cosas, me pasase á Constantinopla, al marqués Saluder, su hermano, y le hiciese saber cómo ella se iba con mucha honra, casada con aquel caballero de tan alto linaje, al gran señorío de Sansueña, donde ya eran señores; y asimesmo le contase todas las otras cosas que habian acaescido despues que habia partido de la insula Firme, y por saber dél qué tal se había llegado. Así que, yo llegué con esta embajada á Constantinopla, y recaudé mi demanda como la llevaba con el Marqués, y vi al Emperador, que benignamente me recibió, y quiso oír todas las cosas que sucedieron despues que su sobrino Gastiles habia llegado allí; las cuales yo le conté así como pasaron, en que gran pieza me detuvo, como aquel que mucho amaba vuestro padre. Y queriéndome despedir dél, fui llamado por parte de la hermosa Leonorina, su hija, aquella que hoy vence en hermosura y apostura á todas las doncellas del mundo. Y cuando ante ella llegué y ante la reina Menoresa y otras doncellas de alta manera, preguntóme con mucha aficion por el caballero de la Verde Espada, diciéndome que aunque habia sabido que ahora se llamaba Amadis de Gaula, que ella no le llamaria sino por aquel mismo nombre que se llamaba al tiempo que le hizo la promesa de la tornar á ver, ó enviar tal caballero que en su lugar la sirviese. Yo le conté otras muchas cosas de las que acá se habian pasado en la insula Firme, que allá no se sabian ni habia noticia dellas, y le dije cómo el rey Lisuarte fué perdido, que ningunas nuevas se sabian dél; y cómo sobre esta prision Urganda la Desconocida os hizo ser caballero, y la fortuna que en ello se tuvo; y cómo vuestro padre os mandó que cumpliédes la promesa que le hizo, y la sirviédes en todo lo que os mandase; y cómo con el dulce son de las trompas fuimos todos adormidos, de manera que no supimos de vos ni de los noveles, ni qué se hizo la gran fusta de la Serpiente; así que, ninguna cosa quedó que saber no le hiciese. Y dígoos que ella lo oyó todo con la mayor aficion que ser podia. Y díjome.—Mi primo Gastiles, entre las otras cosas que me contó de las que en esa parte acaescieron, me habló de ese doncel que decis, y de su gran hermosura, y de las grandes cosas que dél ha dicho esa Urganda, que allá por tan gran sabidora tienen, y de unas letras muy extrañas con que nació. Y ruégoos, Maestro, que me digais lo que dél sabeis, porque la gran aficion que el Emperador mi señor y todos tenemos á su padre, nos hace desear saber las cosas que dél dependen.

«Entonces le conté por extenso toda vuestra crianza, de qué forma fué, y cómo el rey Lisuarte os halló en la floresta con la leona, y la carta que Urganda la Desconocida le escribió de las grandes cosas que vos habian acontecido, así como lo supe despues que en la Gran Bretaña estuve; y díjele cómo en la carta decia que en la diestra parte traíades el nombre vuestro, y en la siniestra el de vuestra amiga, y las letras de vuestro nombre eran blancas, que muy sin pena se leian, y las otras coloradas, tan ardientes al parecer, que era maravilla; las cuales de persona ninguna hasta entonces pudieron ser leídas ni entendidas, ni lo serán, salvo de aquella que, por su gran hermosura, le ganará y cautivará su corazon. Ella me dijo:—Maestro, si las letras coloradas no se pueden leer, ni persona alguna las sabe entender, ni por eso se podrá encubrir quién es aquella su amiga que desde su nacimiento consigo sobre el corazon trae.—Y yo le respondí que vuestra edad aun no habia sido para que de libre os hiciédes sujeto; pero que al pensamiento de todos, segun el gran linaje y muy gran estado que esperábades, las grandes cosas por que habeis de pasar sobre cuantos caballeros en el mundo son, que no podíades ser amado ni querido sino de aquella que en grandeza y hermosura sobrase á todas las de su tiempo. Ella dijo:—Maestro, ciertamente, si el caballero es tal como vos decis, tal debe ser aquella que por señora y por amiga ha de tener; porque segun su valor sea empleado, como lo merece. Y pues que su padre le mandó que me viniese á servir, mucho os ruego, Maestro, que si lo viédes, que de mi parte le digais que lo haga; porque quiero ver si sus obras son tales que las del padre con razon excusar puedan.—Yo le dije:—Mi señora, su partida de la insula Firme fué tan extraña como dicho tengo, que por esto no sabré yo dónde lo hallase, aunque á gran trabajo por vuestro amor me quisiese poner; pero yo creo ciertamente que antes de mucho tiempo sus cosas serán tales, que ellas le mostrarán y publicarán adonde muy encubierto esté; porque aquellas armas negras que él trae, y lo que con ellas hará, serán causa por donde en muchas partes sea conocido.—Así que, mi buen señor, en esto que os he dicho y en otras cosas me detuvo aquella princesa, hasta que della me despedí. Y luego entramos en la mar yo y mi sobrino Libeo, con aquella compañía que vistes, y al segundo dia la fortuna me echó á la parte donde el gigante Matroco corria, y me puso en sus manos.»

Quando el caballero Negro hubo oído lo que el maestro Elisabat le dijo, y cómo aquella tan alta y tan hermosa señora con tanta voluntad habia querido saber de su hacienda, y para se servir dél le enviaba á llamar, súbitamente fué herido en el corazon, no sabiendo cómo, de tan gran desmayo, que la color y la habla por una pieza le hizo perder, y cuando algo en sí tornó, no se atreviendo hablar mas con el Maestro, dijo: «Mi buen amigo, bien será que os torneis al Rey ante que os halle menos, porque no querría que vuestra ausencia diese causa á que de mí supiese.» El Maestro le dijo: «¿Por qué causa os encubris tanto del Rey vuestro abuelo, que sin duda creo que en el mundo no se podria hallar otro de su igual, si no es aquel

rey Perion, que por tal le conocemos? Porque aunque algunos caballeros se podrian igualar á su esfuerzo, y aun pasar adelante, no deben, por tanto, en igual grado ser tenidos; que mucha diferencia es justo que haya entre los grandes príncipes que, olvidando aquella grandeza de estado en que Dios los puso, aventuran sus vidas, poniendo sus cuerpos en grandes peligros por escudo y amparo de los suyos, queriendo recibir la mayor parte del peligro y trabajo, y aquellos que sin tenerla lo hacen; que nunca, aunque para adelante se espere, supistes qué cosa es señorear. Que no es este de los reyes que para sostener sin peligro sus estados quitan sus personas de las afrentas que empecer les pueden, y mandan poner las ajenas en todo rigor de muerte. De que muchas veces redundan que, siguiendo ellos mas sus apasionadas voluntades, que de razon ni necesidad costreñidos, toman y buscan las lejanas tierras, aventurando las personas y vidas ajenas, quedando las suyas en muchos vicios y placeres, con muy poco cuidado de aquellos que por su servicio trabajan y padecen; lo cual muy contrario fué siempre deste rey. Así que, no solamente los suyos, mas los extraños, con mucha razon lo debrian buscar y servir á él y á todos aquellos reyes y grandes señores que tienen sus mañas.»

El caballero le dijo: «Todo eso que vos, Maestro, decis es verdad, que por maravilla otro tan buen rey como este se podria hallar. Y si yo no lo veo ni me lo doy á conocer, no es otra la causa, salvo no ser digno, segun las grandes cosas que de mí le fueron escritas, y las pocas que he pasado, de parecer ante él.—Pues que esta es vuestra voluntad, dijo el Maestro, así se haga, aunque á mí pluguiera que con vuestra vista, demás de le dar mucho placer, conociera que cuando mas de vuestro padre desviado estaba, allí dél le ocurrió su salvación.»

CAPITULO XIII.

De cómo la doncella Carmela se dió á conocer al Rey, y tomada licencia, se fué á ver al ermitaño su padre en la floresta, donde, habida noticia del caballero Negro, fué alterada por lo matar en la cama donde solo durmiendo estaba, y contemplando su hermosura, quedó de su amor cautiva.

Con esto que oistes, se salió el maestro Elisabat de la ermita, donde dejó al caballero Negro tan maltratado, que en ninguna manera no se podia levantar de su lecho. Y por el mesmo camino que allí fué se volvió, y entró en la montaña Defendida, sin que ninguno supiese dónde habia ido, y halló que el rey Lisuarte se levantaba, y andaba paseándose por la cámara de la gran torre, mirando la mar con deseo de hallar alguno que por ella á su tierra lo llevase. Pues el Maestro llegado al Rey, le preguntó qué habia hecho: si dormiera. El le dijo cómo habia andado por aquella montaña mirando la mas hermosa tierra que jamás habia visto. Pues estando así, entró en la cámara una doncella de las del alcázar, que Carmela se llamaba. Esta era la hija del ermitaño que ya se os dijo; y hincó los hinojos ante el Rey y díjole: «Rey, quiero que me conozcas y de mí te sirvas, como de tu natural que soy.» El Rey le dijo: «Doncella, agradézcoos lo que me decis, y si aquesto es por ganar mi gracia, de cualquier parte que vos seais la